

SALSA GORDA

(Homo Primus)

José Luis Ramos Escobar

A tu escuela llegué, sin entender por qué llegaba.

En tus salones encuentro mil caminos y encrucijadas,

y aprendo mucho. Y no aprendo nada.

Rubén Blades, *Maestra vida*

Personajes

Luis Marrero, periodista de 30 años

Daniel Cuevas, fotógrafo de 27 años

Marimé Zayas Bermejo, estudiante de 24 años

Salsa gorda se estrenó el 25 de abril de 2001 en el Teatro Julia de Burgos en San Juan de Puerto Rico con el siguiente elenco:

Luis Marrero: Miguel Difffoot

Daniel Cuevas: Modesto Lacén

Marimé Zayas: Yamaris Latorre

Escenografía: Checo Cuevas

Luces: Gustavo Ramos

Sonido: José A. Colorado

Coreografía: Marcos Garay

Dirección: José Luis Ramos Escobar

Decorado

El escenario es un espacio vacío y reluciente, parecido a una pista de baile en medio de un estudio de fotografía, en el que los diversos lugares cobran forma de acuerdo a las necesidades de la acción y la imaginación del director y del escenógrafo.

Época

1983

Nota intertextual y digital:

Esta obra utiliza canciones y ritmos de la música caribeña conocida como salsa. La caracterización, los movimientos de los personajes y los ambientes se nutren de esta música. Para evitar sobrecargar al texto con la letra de las canciones, se incluye el título, compositor e intérprete de las mismas.

Un flash alumbra durante tres segundos la mueca negra del escenario. Oscuridad. Luego un cenital ilumina tímido el centro del mismo. Luis Marrero se acerca al hueco de luz. Camina como buscando afianzarse en el piso que teme se le escape debajo de los pies. Entra a la luz.

LUIS: Porque hay hechos de los cuales no se puede dudar, ¿no? El sol existe, ¿no? Digo, quizás no se llame necesariamente sol ni salga por el este, pero nosotros nos entendemos. Una piedra es una piedra aunque alguien diga que es un sapo. Acepto que a veces nos engañamos y repetimos frases que son una emboscada: la luna es una mujer que lava sus cabellos plateados en la mirada lacrimosa del río. Hermoso, pero falso. Los poetas alemanes nos desmentirían con Der Mond: el luna. Y la tierra fue plana alguna vez y la salvación estaba en una bula vendida a precio de quemazón. Hasta ahí, porque hay cosas que no cambian ni son falsificadas. Un número primo es sólo divisible por sí mismo, antes y después de Einstein, en los desiertos agujereados por el viento o en los témpanos desprendidos de la Antártica. Y no me digan que los números primos se dividen por 1 porque eso es jugar a los teoremas. Nada se divide por 1 porque el resultado es el mismo número, de manera que no hubo división. Eso es así y punto. Los números primos son y nadie lo puede negar. La verdad existe, tiene que existir. Si no, naufragaríamos en el oleaje de las dudas y las mentiras. Odio las mentiras. Son como un virus que se come nuestra capacidad para creer... y para amar. Y el amor es, se siente, te conmueve, existe, aunque luego la traición lo lance al cesto del reciclaje y lo triture hasta dejarlo en hilachas de rencor y olvido. Por eso no mencioné a Marimé cuando despedí el duelo. Ella no se lo merecía.

Se escucha el movimiento número 3 del Concierto para piano número 2 de Rachmaninov, como si el escenario quisiera escaparse. Otro flash. Imagen detenida de una mujer frente al cuerpo de piedra de Daniel. Luis camina hasta ellos y desplaza a la mujer.

LUIS: Es difícil aceptar la muerte, sobre todo si llega tan temprano a llevarse un ser valioso. Nos duele porque desde hoy la vida será más pobre. Sin Daniel Cuevas no amanecerá igual ni habrá quién nos fotografíe la risa porque nos hemos quedado huérfanos de la amistad. Los que quisimos a Daniel hasta la complicidad, Jimmy, Jorge, el Cuajo, Pedro e Ismael, lloramos hoy su pérdida y nos sentimos apaleados, rabiosos y solos, infinitamente solos.

Saca una botella de ron y brinda.

LUIS: Por ti, Daniel-hermano. ¡Feliz viaje!

Luis apura un largo trago. La mujer lo mira con reproche. Comienza a salir. Luis no la mira.

LUIS: Daniel había comenzado a apagarse un año antes. Él, que era un huracán, ahora estaba confinado a una cama, como un escualo varado en las aguas poco profundas del final de la vida.

Se sienta a su lado. Daniel sonrío.

DANIEL: ¿Me trajiste la música?

LUIS: ¿Cómo que no? *(Se abre la camisa y saca una casetera portátil, unos audífonos y una cassette.)*

DANIEL: Los escondiste bien.

LUIS: Contigo aprendí.

DANIEL: Aquí no dejan escuchar nada. Las enfermeras dicen que me agito mucho.

LUIS: La música no le hace daño a nadie.

DANIEL: Sobre todo si es salsa gorda.

LUIS: Espero que ésta te guste. *(Le coloca los audífonos y activa la casetera.)*

DANIEL: ¡Cómo! Maelo, el incomprendido.

Comenzamos a escuchar lo que oye Daniel: Las caras lindas de mi gente negra de Tite Curet Alonso.

LUIS: Ahí toca con Los Cachimbos.

DANIEL: Esto es una joya.

LUIS: Los originales.

DANIEL: Música del cielo africano. *(Ha comenzado a mover los hombros siguiendo el ritmo.)*

LUIS: Música negra.

DANIEL: Salsa gorda. *(Una punzada hace que el cuerpo se agarrote.)*

LUIS: Cuidado.

DANIEL: Tal vez la enfermera tenga razón. La música es peligrosa. *(Apaga la cassettera.)*

LUIS: Peligroso es estar vivo. *(Se arrepiente de sus palabra.s)*

DANIEL: Y yo me estoy muriendo.

LUIS: ¡Que va, Dani! Ya verás cómo nos divertiremos dentro de unos años al recordar esta noche.

DANIEL: ...La recordaremos. Uuuhh, tengo un perro mordíendome el cuello.

LUIS: Voy a llamar a la enfermera para que...

DANIEL: Olvídate, si me pusieron la inyección antes de que tú llegaras.

LUIS: ...Me imagino que te fuiste a viajar por las galaxias.

DANIEL: Al principio, pero cada vez dura menos el efecto. Si salgo de esto, voy a terminar adicto a la morfina.

LUIS: ¿Cada cuánto tiempo te están inyectando?

DANIEL: Cada cuatro horas.

LUIS: Diablos.

DANIEL: Es la única manera de aplacar el dolor.

LUIS: Tan pronto rompan el tumor, te vas a sentir mejor.

DANIEL: ...Claro.

LUIS: La gente del periódico te manda muchos saludos.

DANIEL: ¿Quién está ahora de fotógrafo?

LUIS: Fotógrafa. Una mujer: Malena Morales.

DANIEL: M y M, una dulce tentación.

LUIS: Bueno, no está mal...

DANIEL: ¿Y es buena con la cámara?

LUIS: No tanto como tú. Ella misma lo reconoce. Ha visto tus fotos y está impresionada.

DANIEL: Luis, quiero que me prometas algo.

LUIS: Seguro.

DANIEL: Si me muero...

LUIS: Chico, deja esa nota...

DANIEL: Si me muero, destruye todas mis fotografías.

LUIS: ¿Te has vuelto loco?

DANIEL: Todas.

LUIS: Tus fotos merecerían conservarse. Son artísticas.

DANIEL: Que no quede rastro de ninguna de ellas.

LUIS: No me parece justo.

DANIEL: Son mías y quiero que se borren conmigo. ¡Prométemelo!

LUIS: ...No va a ser fácil.

DANIEL: Sé que lo lograrás.

LUIS: Las que tiene Marimé son de ella y no querrá dármelas.

DANIEL: Te las dará. No desea tener nada mío.

LUIS: Tiene una hija tuya.

DANIEL: Dejará de serlo cuando yo no esté.

LUIS: Estás desvariando. Adoras a esa niña.

DANIEL: Cuando crezca, no recordará nada. Y no quiero que haya nada que la ate a mí.

LUIS: Pero Daniel...

DANIEL: Tú eres como mi hermano, así que no te puedes negar.

LUIS: No te agites.

DANIEL: Ni un negativo, ni una copia, nada. No hubo luz suficiente para captar la imagen y las placas salieron en blanco.

LUIS: Si ese es tu deseo.

DANIEL: Lo es.

LUIS: ...¿Qué pasó, Daniel? Pensé que había amor entre ustedes.

DANIEL: El amor es como los periódicos, que cuando pasa el día ya son desechables.

Se escucha a Héctor Lavoe cantando Tu amor es un periódico de ayer de Tite Curet Alonso. Un flash ilumina la imagen detenida de la mujer en una pose de baile. Daniel se le acerca y se une al tiempo congelado. Luis queda en las sombras, observando la película del pasado. La música activa la imagen de la pareja bailando. El diálogo se intercala en los pasos de baile.

DANIEL: Marimé suena a virgen y a miel.

MARIMÉ: ¿De veras?

DANIEL: Y si te baño en miel de pies a cabeza, te curas de la virginidad, por mi madre que te curo.

MARIMÉ: ¿Y quién te dijo que estoy enferma?

DANIEL: (A Luis.) Tiraba a matar la niña. (A Marimé.) No hay salida.

MARIMÉ: Siempre hay otro camino.

DANIEL: Contigo, no. Tengo que amarte.

MARIMÉ: Ámame, pero no me amarres.

En un giro del baile, Marimé se desprende de Daniel y se incrusta en una luz rosada, duro contraste con el contoneo felino de su cuerpo. Daniel se acerca a ella y la rodea.

DANIEL: Era la mujer más atrevida que había conocido. Se me enredó en el alma y me dejó sediento.

LUIS: Tardó en corresponderte.

DANIEL: Pero yo sé esperar. Nunca tengo prisa.

Marimé sale del círculo rosado.

MARIMÉ: ¿Así que eres fotógrafo?

DANIEL: Eso dice la gente.

MARIMÉ: ¿Y tú?

DANIEL: Fotógrafo es cualquiera. Yo soy un pintor de cámara.

MARIMÉ: Un pintor...

DANIEL: Con la luz, el ángulo y la composición estoy dándole forma a la vida.

MARIMÉ: Te sueñas dios.

DANIEL: Soy dios, y por eso soy indestructible.

Se escucha la canción Indestructible cantada por Rubén Blades, con la orquesta de Ray Barreto. Daniel baila alrededor de Marimé.

MARIMÉ: (A Luis.) Era simple y sencillamente un demente. Por eso me gustó.

DANIEL: ¿Quieres beber de la fuente de la eterna juventud?

MARIMÉ: Ja, ahora resucitaste a Juan Ponce de León.

Luis comienza a declamar por lo bajo mientras sigue la acción entre Marimé y Daniel.

LUIS: Juan Ponce de León/ fundador de Caparra/ peregrino de sueños/ por las llanuras amplias/ le contaron un día de una fuente encantada/ que al lavarse los ojos/ que al lavarse la cara/ los años se le irían prendidos de las aguas.

DANIEL: Ni conquistador ni soñador, pero puedo darte la inmortalidad.

MARIMÉ: ¿Pintándome con tu cámara?

DANIEL: Bella para siempre.

MARIMÉ: Ponce de León murió buscando la fuente.

DANIEL: Tú no, porque cuando llegue la noche, seguirás brillando con luz propia.

MARIMÉ: ¿Cómo quieres que la eternidad me vea?

DANIEL: Con toda la magia de tu cuerpo desnudo.

MARIMÉ: Sólo fotos.

DANIEL: No te he amenazado con otra cosa. Eso sí, hay una condición.

MARIMÉ: ¿Cuál?

DANIEL: Música, tiene que haber música.

Daniel busca su cámara. Ritmo de congas y cueros caribeños. El escenario se oscurece. Ella comienza a desnudarse mientras el flash de la cámara nos va fragmentando el proceso. Los movimientos de Marimé adquieren un carácter ritual, como de iniciación a la vida, con una sensualidad inocente que hipnotiza y seduce. Al fondo danzan las fotos proyectadas, en delirante juego de imágenes superpuestas a los cuerpos. Culmina el rito con Marimé fundiéndose con una foto de su cuerpo desnudo. Luis la cubre con una sábana y Marimé se escapa del escenario. Callan las congas. Daniel se acerca al público y comienza a tomarle fotos a los asistentes. Desde el fondo, Luis lo interpela.

LUIS: ¿Comemos juntos hoy?

DANIEL: Si tú cocinas.

LUIS: Por supuesto. Porque si lo haces tú, habrá epidemia de diarreas por una semana.

DANIEL: ¡Virgen de los siete velos, cuánta vulgaridad!

LUIS: Dedícate a la cámara, que en la cocina eres un desastre.

DANIEL: Le sacaré fotos a tus guisos. Cuando haga mi exhibición las titularé: Naturaleza hervida. Ollas y calderos.

LUIS: Suena bien. Pero hoy me provoca una lasaña.

DANIEL: Siempre fuiste italianófilo.

LUIS: Sólo en gastronomía.

DANIEL: Yo pongo los quesos.

LUIS: Claro, te los vas a robar.

DANIEL: No señor, los voy a rescatar de manos de los ladrones dueños del supermercado.

LUIS: Seguro. Ladrón que roba ladrón...

DANIEL: Come como todo un señor.

LUIS: ¿Marimé viene?

DANIEL: Ella es fanática de tu comida.

LUIS: *(Al público.)* No sé si era por la sazón, o porque mi apartamento les brindaba un refugio seguro para encontrarse fuera de la prohibición que el padre de Marimé le impuso cuando se enteró de que su hija estaba saliendo con "ese lumpen que no tiene aspiraciones y que se cree mierda y no se equivoca", pero lo cierto es que formamos un círculo de amistad inquebrantable.

DANIEL: *(Entra con Marimé y con una botella de vino.)* Realmente somos un triángulo.

LUIS: A veces somos un cuadrado, cuando viene Mercedes.

MARIMÉ: O Sara, o Aleyda.

LUIS: Sabes que soy agente libre.

MARIMÉ: Un puto es lo que eres.

LUIS: Pero juego con las cartas encima de la mesa.

DANIEL: ¿Quién se murió?

LUIS: La esperanza.

DANIEL: Acaba y pon música que esto parece un velorio.

MARIMÉ: Vivaldi, per piacere.

DANIEL: Ya salió la cívica.

MARIMÉ: Sólo lo decía porque vamos a comer lasaña.

LUIS: Suena bien la combinación: lasaña a la vivaldesca.

DANIEL: Para dormir. *(Se tira al piso a roncar.)*

MARIMÉ: Lo único que éste oye es salsa. Tiene el gusto musical atrofiado.

DANIEL: No jodas con tus gustos de blanquita renegada.

MARIMÉ: Salsa de desayuno, salsa de almuerzo, salsa de comida. Se atraganta cualquiera.

DANIEL: Nadie te obliga a escucharla.

MARIMÉ: No, pero si quiero compartir contigo, tengo que tragármela.

LUIS: Yo pensaba que a ti te gustaba la salsa.

MARIMÉ: Para bailar, pero de sobremesa, me parece pesada.

DANIEL: Depende de la mesa.

MARIMÉ: ¿Qué?

DANIEL: En la mesa de tu casa, con cubiertos de plata y porcelana china, la salsa gorda rompería el balance, violaría los oídos vírgenes de don Richard Zayas y escandalizaría la serenidad clásica de tu madre, la exquisita señora Bermejo. Pero en mi mesa...

MARIMÉ: Ahora nos va a contar la historia de su niñez, cuando limpiaba zapatos y en su casa no había nevera.

DANIEL: Me estás jugando sucio.

MARIMÉ: El que a hierro mata...

DANIEL: Le comen las nalgas.

LUIS: Escojo yo.

DANIEL: ¿Lo ves? Por tu culpa ahora tenemos que soportar las baladitas pendejas de Luis.

MARIMÉ: Es un buen compromiso entre Vivaldi y el escándalo de tu salsa.

DANIEL: ¿Escándalo? La salsa es un canto a la vida, a la alegría y a la supervivencia.

MARIMÉ: Para mí es puro lateo.

DANIEL: ¡Que comemierda te has puesto!

MARIMÉ: Si como mierda, es porque me gusta. Y como tú me gustas, pues caes en la misma categoría de la mierda.

DANIEL: *(Canta.)* Esta era una chica plástica, de esas que ves por ahí, de esas que cuando se agitan, sudan Channel number three.

MARIMÉ: Vete al carajo.

DANIEL: Contigo debajo, mamita.

Ella se retira a una esquina.

LUIS: *(Al público.)* Peleaban, es cierto. Resultaba inevitable, pues Daniel era callejero por nacimiento y vocación, y Marimé era de clubes exclusivos y ropa de diseñadores. Pero siempre se reconciliaban y entonces las diferencias se quedaban enganchadas en el olvido.

Daniel se le acerca por la espalda a Marimé y le susurra algo al oído. Ella niega. Él insiste, mientras sus manos la abrazan por la cintura. Ella casi intenta zafarse del abrazo, pero su cuerpo ya no le obedece. Él la gira y le acaricia el rostro. Ella sonríe. Finalmente se abrazan.

DANIEL: Luisillo, póngale a Vivaldi ahí a María Mercedes de mis entretelas.

LUIS: ¿Cuál pieza?

MARIMÉ: Las cuatro estaciones.

DANIEL: Dichosa tú, porque el sol sólo sale por alumbrarte.

MARIMÉ: *(A Luis, mientras baila alrededor de ellos.)* En cualquier otro esa frase hubiera sonado cursi.

LUIS: Es que Daniel era una apuesta a la locura.

DANIEL: Me jode, Luis, me requetejode que sea tan burguesa y tan finola.

LUIS: Así la criaron.

DANIEL: ¡Qué mierda!

LUIS: Pero te quiere.

DANIEL: Eso la redime.

LUIS: Vas a tener que contaminarla de calle y de bohemia.

DANIEL: Lo intento, pero entre don Richard y doña Zoraida me la tienen cercada de pasarela y recepciones en el Club Náutico.

LUIS: Sé que eres capaz de romper ese cerco.

Daniel sonríe mientras se acuesta nuevamente en su cama de enfermo.
Retornamos al hospital.

DANIEL: Y me la tumbé, mi hermano. Por encima de la vigilancia que le puso don Richard, a pesar de las lágrimas histéricas de la madre, me la llevé.

LUIS: Nunca te lo perdonaron.

DANIEL: Ni falta que me hizo.

LUIS: Pero Marimé sufrió mucho con el rechazo de sus padres.

DANIEL: Pendeja que se ponía.

LUIS: No, chico, es lógico. Digo, son sus padres, los quería, no es tan fácil.

DANIEL: ¿Y para mí, fue fácil? ¿Cuántas veces me tiraron la puerta en la cara? Y ni te cuento de la basura que le metieron en la cabeza a Marimé.

LUIS: Tú sabías a lo que te arriesgabas.

DANIEL: Seguro. Pero pensé que cuando nos vieran viviendo juntos, se iban a ablandar. Se pusieron peores.

LUIS: Te habías robado a su nena y para colmo la preñaste.

DANIEL: ¿A la fuerza, verdad? Suenas igualito que ellos.

LUIS: Trato de que veas su punto de vista.

DANIEL: Es que a mí no me importa su punto de vista.

LUIS: No te agites.

DANIEL: Son unos blanquitos manipuladores. Diseñan el mundo a su manera y si uno no encaja en el papel que te asignan, te tiran a la basura. Se creen Dios porque tienen dinero. Pues conmigo se jodieron.

Marimé se ha acercado. Luis se retira.

MARIMÉ: A pesar de todo son mis padres.

DANIEL: Son unos hipócritas.

MARIMÉ: Eso no remedia nuestra situación.

DANIEL: Mira y que hablarme a mí de moral, ¡qué cojones! Don Richard Zayas, el gran empresario, dueño del cielo y la tierra, caballero de Colón, socio de los más exquisitos clubes, mecenas del arte y de la música clásica, el impecable Richard Zayas tiene una amante joven y bella con quien comparte sus mejores momentos.

MARIMÉ: Todo el mundo lo sabe.

DANIEL: Incluyendo a tu madre, quien por conveniencia, se hace la pendeja. Claro, mientras Richard le pague el nivel de vida que se quiere dar, ojos que no ven, cuenta de cheques que no siente... Pero un día, un día, don Richard se va a ir a vivir con la otra y entonces, ya verás a doña Zoraida Bermejo pidiendo cacao.

MARIMÉ: Eres injusto con ellos.

DANIEL: Ellos son injustos conmigo. Me han tratado como si fuera un apestado. Y a ti, no te han dejado ser feliz.

MARIMÉ: Yo soy feliz contigo.

DANIEL: ¡Embuste! ¿Crees que no te oigo llorar por las noches?

MARIMÉ: Bueno, me da pena el rechazo de mis padres.

DANIEL: Echas de menos las comodidades y los lujos.

MARIMÉ: ¿Tú crees? Si hubiera pensado en eso, no estaría aquí contigo.

DANIEL: Pensabas que todo pasaría rápido y que ellos te perdonarían. Entonces podías volver al redil y ellos financiarían tu locura de amor.

MARIMÉ: ¿No serías tú el que esperabas que eso sucediera, tú, quien finalmente disfrutarías del tipo de vida que crees que te mereces?

DANIEL: Tú sabes más que eso.

MARIMÉ: Y por eso te pudres de resentimiento, porque tienes que cargar conmigo y tu pobreza.

DANIEL: ¡Qué poco me conoces!

MARIMÉ: A veces somos dos extraños.

DANIEL: ...Vas a terminar odiándome.

MARIMÉ: Quisiera creer que no, que nuestro amor está por encima de las estrecheces y de la intransigencia de mis padres.

DANIEL: Yo también quiero creerlo.

Se abrazan. Luis en derecha frente.

LUIS: Peleaban, pero nunca imaginé que pudieran romper. Sus reconciliaciones eran tan sinceras que dan ganas de besarlos. Y sin embargo...

Se escucha Todo tiene su final, de Willie Colón, cantada por Héctor Lavoe. Ellos se separan y Marimé sale. Daniel comienza a bailar, pero trastabilla. Luis se acerca.

DANIEL: Nada dura para siempre...

LUIS: ¿Qué pasa, bebiste mucho?

DANIEL: Ojalá.

LUIS: Ven, siéntate.

DANIEL: Me fallan las fuerzas, Luillo. Tengo un cansancio sideral.

LUIS: Algún virus, catarro, la influenza.

DANIEL: Y el dolor, por aquí, entre el pecho y el cuello.

LUIS: Es así. Las enfermedades más tontas, te tumban y te desbaratan el cuerpo.

DANIEL: No sé, me siento raro, invadido.

LUIS: Siempre que uno se enferma se siente miserable.

DANIEL: Es distinto, te digo. Se me nublan los ojos y me canso hasta de respirar.

LUIS: ¿Desde cuando estás así?

DANIEL: No sé. En las últimas semanas ha sido peor, pero creo que empezó hace unos meses.

LUIS: ¿Y no has ido al médico?

DANIEL: No, pensé que era algo pasajero.

LUIS: Que le tienes fobia a los médicos es.

DANIEL: No jodas, Luis.

LUIS: Ven, vamos, que ahora mismo te voy a llevar al doctor.

DANIEL: Chico...

LUIS: Vamos.

Caminan hacia el fondo. Daniel se pierde en las sombras.

LUIS: El médico ordenó una serie de exámenes y le recetó varios medicamentos para fortalecerle. Tan pronto se sintió mejor, Daniel dejó de hablar del tema. Pero había algo en él que lo hacía diferente, como si en vez de perder las fuerzas estuviera alejándose de la vida, borrándose poco a poco. Entonces vino el golpe de gracia.

DANIEL: *(Entra cantando.)* Era bonita, pero traidora; Juana Peña ahora me llora.

LUIS: ¿Que volvió con sus padres?

DANIEL: Se cansó de las privaciones. Volvió a su mundo de lujos y comodidades.

LUIS: No puede ser. Marimé había jurado que jamás regresaría a la cárcel paterna.

DANIEL: Parece que esa cárcel es menos dura que la vida conmigo.

LUIS: No lo puedo creer. ¿No pasó nada más entre ustedes?

DANIEL: ¿Por qué preguntas?

LUIS: Porque resulta increíble que de la noche a la mañana Marimé cambie tanto. Ella no es así.

DANIEL: *(Canta.)* Así son, así son, así son las mujeres.

La melodía de Claudio Ferrer cantada por Jerry Rivas de El Gran Combo hace vibrar al escenario y a Daniel, quien se contonea como movido por una pena.

LUIS: Estás generalizando.

DANIEL: ¿Te vas a ir de su parte?

LUIS: No, hombre, sabes que siempre estaré de tu lado.

DANIEL: Pues no le des más vueltas al asunto. Se fue, hizo sus maletas y cogió calle. Ni siquiera se despidió.

LUIS: Increíble.

DANIEL: Debe ser por la bebé. Desde antes del parto las cosas se pusieron difíciles.

LUIS: Ustedes no estaban listos para tener un hijo.

DANIEL: Fíjate, yo pensé que Gabriela nos daría una razón adicional para estar juntos.

LUIS: Y quizás acabó por separarlos. Marimé tuvo que dejar de estudiar para cuidarla, eso la amargó.

DANIEL: Y los padres bebieron vinagre. Su hijita se perdía por los callejones sin salida de la vida.

LUIS: Ellos tenían sus expectativas con Marimé.

DANIEL: Pero es que uno no puede hacerse expectativas con los demás. Cada uno tiene que hacer su propio camino.

LUIS: Te quiero ver cuando tu hija crezca, a ver si no te pones igual que don Richard.

DANIEL: No me compares con esa bestia parda.

LUIS: Todos los padres quieren lo mejor para sus hijos.

DANIEL: Lo mejor es lo que los hijos escojan. Uno no puede vivir con la camisa de fuerza que los padres nos ponen para que seamos lo que ellos quieren que seamos.

LUIS: A mí nunca nadie me puso presión.

DANIEL: ¡Qué carajo, si tus padres se murieron cuando eras un niño!

LUIS: Por eso. Y me hice solo.

DANIEL: Como debe ser.

LUIS: ¿Y tu hija?

DANIEL: Lo único que sé es que adoro a esa bebé y juré que la ayudaría a ser lo que ella quisiera.

LUIS: Pero a ustedes no le fue bien después que nació. No es lo mismo mantener a dos que a tres.

DANIEL: El dinero, Luillo, el puñetero dinero que todo lo decide.

LUIS: ¿Por qué la tuvieron?

DANIEL: Qué sé yo. La ilusión de un hijo, tal vez, o el convencimiento de que ahora sí que Marimé era mía.

LUIS: Eres muy posesivo.

DANIEL: ¿No lo somos todos?

LUIS: Ser el dueño de la finca y la mujer, ¿no?

DANIEL: Finsa no tengo, ni tendré.

LUIS: Y perdiste a Marimé.

DANIEL: Me quedé sin la sogá y sin la cabra, totalmente desnudo.

LUIS: Así naciste.

DANIEL: Y así moriré.

LUIS: Que va. Ya aparecerá alguna mujer excepcional que te rescate. O quizás Marimé regrese.

DANIEL: No lo creo. Se cansó de luchar y de navegar en contra de la corriente. Y antes que hundirse conmigo, abandonó el barco y regresó al yate de sus padres.

Se escucha Dime por qué cantada por Ismael Rivera (Maelo). Daniel siente cada compás como un golpe a su cuerpo. Finalmente cae en la cama. Un flash nos devuelve a su noche final.

LUIS: Nunca me has dicho por qué te gusta tanto la música de salsa.

DANIEL: La mamé en la leche materna.

LUIS: Yo también y sin embargo no tengo esa devoción tuya hacia toda la salsa clásica.

DANIEL: No le llames así, que la contaminas.

LUIS: ¿Por qué?

DANIEL: Clásica es una ópera paralizada en el tiempo o una sonata, perfectamente cuadrada en sus cuatro movimientos armónicos. La salsa no, la salsa es de calle, tiene olor a tierra y a sudor, y es la alegría del dolor y la melancolía de la risa, poesía del pueblo.

LUIS: Pero en términos de forma...

DANIEL: Es lo cuadrado que se vuelve elástico para envolver nuestros sentimientos y emociones. Salsa gorda, pesada como la vida, pero con sazón, porque hay que ponerle pique a la tristeza para que no nos arrope la miseria.

LUIS: La defiendes bien.

DANIEL: Soy un salsero empedernido.

LUIS: Cocolo le llaman ahora.

DANIEL: Cocolo, loco del coco, pero tú tranquilo. ¿Te acuerdas del cuento de Teclo?

LUIS: ...No, no lo recuerdo.

DANIEL: Teclo, el loquito de mi calle.

LUIS: Nunca me hiciste ese cuento.

DANIEL: Pues escucha: Teclo era un muchacho medio retrasado mental al que no le interesaba nada en la vida. Siempre caminaba mirando pa'l carajo y

babeándose, con la boca abierta. Hasta que un día escuchó una canción de salsa y se quedó pegao, tanto que, de ahí en adelante, si no escuchaba salsa, se ponía violento.

LUIS: Casi como tú.

DANIEL: Escucha y no jodas. Para tranquilizarlo, los papás le regalaron un tocacintas enorme y muchos discos de salsa. Y Teclo era feliz viviendo dentro de su cajita de música, hasta que le dio por aprenderse todas las canciones. Entonces ponía los discos y comenzaba a cantar las canciones a todas horas y en cualquier lugar. Si no lo dejaban, le entraba a golpes a la gente.

LUIS: Eso sí que es adicción. Un salsómano.

DANIEL: Lo curioso es que alguien que pasaba por el barrio lo oyó y pensó que Teclo tenía un talento natural, así que se lo llevó a cantar en una orquesta y ahora Teclo es famoso como salsero. ¿Moraleja?

LUIS: Hasta un loco canta salsa.

DANIEL: No. La salsa es una forma de locura.

Ambos ríen. En medio de la risa, Daniel se estremece.

LUIS: ¿Te duele?

DANIEL: Para variar... ¡Qué gracioso!

LUIS: ¿Teclo?

DANIEL: No, las vueltas que da la vida. ¿Sabes de lo que me enteré? Don Richard Zayas dejó a su esposa y se fue a vivir con su amante.

LUIS: ¡El papá de Marimé!

DANIEL: El caballero casto y puro que me daba lecciones de moral. Cambió a la mujer ajada y de carnes fofas por una mujer de veinticinco años.

LUIS: Eso debe ser devastador para Marimé y su madre.

DANIEL: Y ahora, la vieja leona es una gata decrepita que arrastra sus penas por la enorme mansión llena sólo de recuerdos y telarañas.

LUIS: Me da pena.

DANIEL: A mí, no. Bastante que me atacó y me jodió la vida.

LUIS: Pero se queda sola y vacía.

DANIEL: (*Canta.*) Maestra vida, camará, te da, te quita, te quita y te da.

LUIS: Para ti es como una reivindicación, ¿no?

DANIEL: Me lo estoy disfrutando.

LUIS: El dolor ajeno nunca debe producir alegría.

DANIEL: Si fuera así, no habría comedias.

LUIS: En el arte es otra cosa.

DANIEL: Es la misma vaina... Últimamente estás demasiado moralista.

LUIS: Qué va.

DANIEL: Ya casi pareces un cura.

LUIS: Nunca tuve vocación. Pero te confieso que se me ablandan los hombros cuando veo a alguien caer.

DANIEL: Pues a mí no me dan pena los burgueses vencidos.

LUIS: Guillén.

DANIEL: El negro.

LUIS: Pues a pesar de mis largas noches sin sombreros ni nubes, a mí sí me dan pena los burgueses vencidos, no por burgueses, claro, sino por vencidos. (*Se aleja de Daniel y se dirige al público.*) Y sin embargo, no me dio pena con Marimé, sino rabia y coraje. Cuando me enteré de que estaba saliendo con un abogado mientras su compañero se moría de cáncer, pensé que había caído tan bajo que no merecía que le dirigiese la palabra.

Un flash inmisericorde abrasa a Daniel, quien se contorsiona como si recibiera una descarga eléctrica de mil voltios. Luis se acerca. Daniel está semi-inconsciente.

DANIEL: (En un murmullo casi inaudible.) Marimé.

LUIS: Aún muriéndote la tienes en tu mente.

Comienza a escucharse la introducción a Traición de Manolo Pazos, con Roberto Roena. Luis toma en sus brazos a Daniel y lo acuna. Daniel parece recobrar parcialmente el conocimiento.

DANIEL: ¿Gabriela, dónde está Gabriela?

LUIS: Tranquilo, Dani. Tu hija está bien.

DANIEL: Me estoy muriendo, Luis.

LUIS: No digas eso.

DANIEL: Ya casi no te veo. (*Trata de tocarle la cara.*) La muerte me camina por los ojos y me deja ciego.

LUIS: Debe ser el efecto del calmante.

DANIEL: No, es que me voy. Me voy y lo peor es que me voy sin amor.

LUIS: Todos te queremos.

DANIEL: Ahora eres tú el calmante.

LUIS: Es la verdad.

DANIEL: Tu verdad, porque la mía es otra. No me mata el cáncer, sino... el desamor.

LUIS: Dani...

DANIEL: Ya llegó, Luis, mírala. Es ella.

LUIS: (*Mira en derredor y se agarra del recuerdo.*) ¿Ella?

DANIEL: Marimé. Finalmente vino. La única mujer que he amado. (*Trata de incorporarse.*)

LUIS: Estás muy débil. No puedes pararte.

DANIEL: Es ella; Marimé, perdóname.

Se desmaya por el esfuerzo.

LUIS: Dani, no te vayas. Daniel. ¡Enfermera, enfermera!

Comienza a llorar mientras estrecha a Daniel. Un flash indiscreto capta el tránsito furtivo hacia la muerte. Luis mira al público con rabia y lágrimas.

LUIS: Se fue con ella en los labios. (*Coloca a Daniel en la cama.*) ¿Cómo quieren que la mencione en el entierro si fue una traidora que se entregó a otro hombre cuando Daniel enfermó? Hay que tener pudor en la vida. Pudo haber esperado que él muriese, pudo haberle acompañado hasta el final, sabiendo que no habría regreso. Pero no, la niñita bien se buscó a otro que le diera el nivel de vida que ella quería. ¡Maldita seas, Marimé Zayas! Los de tu estirpe merecerían el cáncer que se comió a Daniel. Así de arbitraria es la vida. Los buenos mueren jóvenes y los falsos respiran el mejor perfume de la existencia. Lo peor será que Gabriela crecerá sin saber quién fue su padre, sin conocer la tierna locura de Daniel Cuevas. Y me toca a mí ser el enterrador de los recuerdos, yo, el que cierre finalmente el agujero. Entonces comenzará el olvido, porque hay que seguir viviendo, ¿no? Para los otros, quizás, porque para mí la traición y el abandono son imborrables. Tenía que ser una niña de sociedad, criada para ser reina de belleza y deslumbrar a los imbéciles. (*Se escucha Mi desengaño de Pucho Soufront y Julio Merced, cantando Papo Sánchez con la orquesta de Roberto Roena.*) El desengaño, salsa gorda de la vida en la que borbotean la gente plástica y los amores de cartón.

De pronto un flash lo inmoviliza. A sus espaldas Daniel repite su frase de despedida.

DANIEL: Es ella, Marimé, perdóname.

Luis gira hacia Daniel, como si una luz remota le guiara los pasos hacia la incertidumbre.

LUIS: ¿Perdóname? ¿Le estás pidiendo perdón después de lo que te hizo? O tú eres un imbécil o la amabas tanto que asumes por ella la culpa. ¿Perdón? No te entiendo, Daniel, no puedes pedirle perdón, no cargues el muerto por ella, déjala que se retuerza en su propio remordimiento... No puedes hacerme esto, coño, no me lances a la arena movediza de la duda. ¿Por qué le pides perdón si ya todo está explicado? Es una traidora, los números primos sólo se dividen por sí mismos, no me propongas otro puñetero teorema de la vida. ¿Por qué le pediste perdón?

Aparece Marimé como la figura fantasmagórica de un negativo de fotografía.

MARIMÉ: No te va a contestar.

LUIS: Contigo no tengo nada de que hablar.

MARIMÉ: No quiere contestarte.

LUIS: ¡Cállate! Tú no existes.

MARIMÉ: Existo, porque si no, tu historia quedaría coja. Sin traidora no hay traición.

LUIS: Tus propios actos te niegan. Yo creí ver huellas nobles sobre la arena, pero tus pasos fangosos se hundieron en la marisma. La Marimé que yo conocí no existe. Fue un espejismo, un fantasma virtual que se perdió en la red de su falsedad.

MARIMÉ: Eso es lo que quieres creer.

LUIS: Ahora te vas a inventar un cuento para justificar tu deslealtad.

MARIMÉ: No tengo nada que inventar. Daniel ya está muerto y se llevó con él todas las historias.

LUIS: Claro, no hay quien pueda desmentirte.

MARIMÉ: No, no lo hay. Y quizás sea mejor así. Quédate con tu explicación. Tienes todas las respuestas y podrás dormir tranquilo. *(Comienza a salir.)*

LUIS: ¿No lo quisiste, Marimé?

MARIMÉ: ... *(Largo silencio.)*

LUIS: ¿Qué fue, un capricho, un antojo de niña rica a quien le faltaba una aventura excitante con uno de los malditos?

MARIMÉ: Duele que seas tan insensible.

LUIS: ¿Yo, que estuve a su lado hasta que murió?

MARIMÉ: Yo me estuve muriendo con él durante mucho tiempo.

LUIS: Claro, ahogándote en las limitaciones y agonizando en el presupuesto menguado de Daniel.

MARIMÉ: Te equivocas. Yo amaba a ese hombre, como nunca amaré a nadie, y hubiese vivido con él en el rincón más humilde.

LUIS: ¿Así que nunca amarás a nadie como a Daniel? Lo disimulas bien.

MARIMÉ: A menudo tenemos que transar por un buen hombre cuando la vida nos niega al que soñamos.

LUIS: A ti la vida no te negó nada. Tuviste entre tus brazos a un ser fuera de liga y lo tiraste a la basura.

MARIMÉ: Tienes razón, no fue la vida, fue él mismo quien me rompió el sueño y me dejó hecha añicos.

LUIS: Por favor, sin llantos falsos.

Se escucha a Tito Gómez cantando con La Sonora Ponceña la canción Paño de lágrimas de Luigi Texidor. Luis y Daniel bailan al unísono, como si fueran uno solo. Al llegar al coro, Marimé, angustiada, se une al baile.

MARIMÉ: Me estás torturando.

LUIS: Salsa gorda, Marimé, estrepitosamente viva y pantanosa.

MARIMÉ: Y una se va hundiendo en ese caldo de cultivo del machismo.

LUIS: ¿No te gusta?

MARIMÉ: Me agrade.

LUIS: Porque te pinta de pies a cabeza.

MARIMÉ: Eres un clon de Daniel.

LUIS: Cada canción de salsa es una de las fotos de Daniel sobre tu deslealtad.

Daniel gira en derredor tomando fotos de Marimé desde diferentes ángulos. Las canciones de salsa se entremezclan formando un barullo ininteligible. La cámara es ahora un estroboscopio que descompone la escena en segmentos: un grito sin voz de Marimé, la risa burlona de Daniel, un gesto inconcluso de Luis. En medio del paroxismo, el grito de Marimé cobra cuerpo y silencia a todos los demás sonidos.

MARIMÉ: ¡Nooooo!

Luis es una sorpresa congelada. Sin flash, Daniel es una sombra.

MARIMÉ : Me cansé de las traiciones y los desengaños, y de seamos nosotras las que quedemos tristes y vacías. Ya está bueno de los hombres engañados y las mujeres ingratas.

LUIS: No se puede cambiar la historia.

MARIMÉ: ¿Cuál historia? ¿La de las mujeres bandoleras, pirañas, coquetonas y mentirosas que no saben querer y tienen que pagar lo que le hacen a los hombres abandonados? Esa sí se puede cambiar.

LUIS: Ahí están las canciones y los hechos.

MARIMÉ: Las canciones que escribieron ustedes. ¿Te has dado cuenta de que todas fueron compuestas por hombres y para hombres?

LUIS: ¿Y?

MARIMÉ: Pues que no me puedes definir con la maldita salsa gorda.

LUIS: Yo no te defino. Fuiste tú la que dejaste solo a Daniel cuando se enfermó. Si eso no se llama ingratitud e infidelidad, dime tú cuál es el nombre.

MARIMÉ: Rencor, dolor, mucho dolor, y resentimiento.

LUIS: Encontraste muy pronto quien te consolara.

MARIMÉ: Lo peor fue saber que nos perdíamos para siempre.

LUIS: El que se quedó solo fue él.

MARIMÉ: No había otra alternativa, Luis, no me dejó otra salida.

LUIS: Por supuesto.

Se escucha la introducción a Semilla de amor de Gerard Grimaud, con la orquesta de la Fania. Con pasos medidos, Marimé se acerca a Daniel y lo cubre con una sábana.

MARIMÉ: Sabía que iba a morir. Estuve con él todo el día antes de que tú llegaras.

LUIS: No te vi.

MARIMÉ: No quería que me vieras.

LUIS: ¿Por qué?

MARIMÉ: Quise evitar las explicaciones.

LUIS: Yo las necesitaba.

MARIMÉ: Pero Daniel no. El mismo me lo pidió. Por eso te eludí durante los largos meses de su enfermedad. Pero siempre lo acompañé. Bueno, no siempre; sólo después de que enterré el resentimiento.

LUIS: Todavía lo tienes.

MARIMÉ: Me lo enterré hacia adentro, para poder visitar a Daniel y que él no se diese cuenta.

LUIS: ¿Tan terrible fue?

MARIMÉ: Devastador.

LUIS: Nunca me dijo nada.

Luis se retira a una esquina. Ahora Marimé asume el control de la historia y será ella el hilo conductor de la acción.

MARIMÉ: No podía. Daniel fue siempre muy orgulloso, demasiado seguro de sus acciones para cuestionárselas o aceptar que se había equivocado. Sólo conmigo se sinceraba, aunque nunca totalmente. Siempre hubo en él algo lejano, inaccesible, como si toda su alegría y su vitalidad escondiesen su otro yo.

Daniel se levanta y comienza a cantar Buscando guayabas de Rubén Blades. Agarra a Marimé por la cintura, la levanta en peso y la pasa sobre sus hombros. Luego de la pirueta, Marimé cae al suelo.

DANIEL: ¿No aguantas el trote, mi amor?

MARIMÉ: Eres un payaso.

DANIEL: (*Canta Payaso de Rafy Levitt.*) Payaso soy de tu cariño, te burlas de mí, cual si fuera un niño, pero divina prenda amada, siempre serás mi adorada, dueña de todo mi ser.

MARIMÉ: (*A Luis.*) Sí, lo era, un niño grande y tierno.

Se besan y ruedan por el suelo. De pronto, él se levanta y corre a buscar una botella de vino y dos copas.

DANIEL: Vamos a brindar.

MARIMÉ: Daniel, tengo que estudiar.

DANIEL: Olvídate de los estudios. Necesito que brindemos.

MARIMÉ: ¿Por?

DANIEL: Por el fracaso. (*Sirve el vino y chocan las copas.*)

MARIMÉ: (*A Luis.*) Así le comenzaba la depre.

DANIEL: Llovía, Marimé, el cielo ametrallaba al mar con unos goterones de cristal manchado, y las nubes cabeceaban amenazantes con su cresta de estaño. A lo lejos, el sol se asomaba mohíno al aguacero de estrellas y teñía de vergüenza a las nubes más cercanas. Y le tuve envidia, Marimé, una envidia asesina.

MARIMÉ: ¿A quién?

DANIEL: A Dios, que me estaba dando la perfección y yo no podía captarla con mi lente. Traté y no pude.

MARIMÉ: No te angusties por eso.

DANIEL: Soy un fracaso.

MARIMÉ: Lo somos todos en algún momento.

DANIEL: Pero a los demás no les afecta.

MARIMÉ: Quieres abarcar al universo y sólo eres un ser humano.

DANIEL: Esa es mi desgracia.

MARIMÉ: (*Adelanta a Luis.*) Aspiraba a la totalidad y no se contentaba con lo que tenía.

LUIS: No veo cómo eso podía afectarte.

MARIMÉ: Al principio, no. Más allá de masajearle la estima adolorida y de espantarle la melancolía, no enfrenté mayores problemas. Pero es que, en su afán de matar a Dios, se tornó insaciable.

Entra Daniel cantando Felices horas de Luis Pérez. Cuando menciona la palabra muerte agarra a Marimé por el rostro y la besa con violencia.

DANIEL: Quisiera ser mujer.

MARIMÉ: No jodas.

DANIEL: Sólo ustedes son capaces de desmayarse en un orgasmo y verle la cara a la muerte.

MARIMÉ: La petite morte.

DANIEL: Y tener tetas debe ser más excitante que un viaje a las nalgas del universo.

MARIMÉ: Estás loco.

DANIEL: Y que tú me las mames y yo sienta que se me erizan hasta los pensamientos.

MARIMÉ: Me estás provocando.

DANIEL: Nosotros somos unos penedijos.

MARIMÉ: ¿Penedijos?

DANIEL: Puro pene y colgalejo.

MARIMÉ: *(Estalla en risa. Le habla a Luis mientras Daniel la besa y la acaricia.)* Era un loco de la vida. Con él llegué a sentir que mi cuerpo era un entrecruce de corrientes que me desmembraba en un temblor de escalofríos. *(Su cuerpo se estremece como si múltiples volcanes amenazaran con hacerla estallar.)*

DANIEL: Esta es la octava maravilla del mundo.

Ambos se funden en un abrazo de magma. Un flash los fija para siempre en la memoria. Tiempo y medio de pausa. Daniel se aleja. Ella se va calmando.

MARIMÉ: Entonces comenzó a alejarse. Había algo en él que no se saciaba, que se quedaba insatisfecho, y pronto supe que estaba saliendo con otras mujeres.

LUIS: ¿Te lo confesó?

MARIMÉ: No tenía que hacerlo. Una mujer no necesita palabras para descubrir que su compañero está durmiendo en otra cama.

Luis se acerca a Daniel.

LUIS: Ten cuidado, Dani, que las aventurillas pueden tener consecuencias.

DANIEL: Mira quien habla.

LUIS: Pero yo vivo solo y no le rindo cuentas ni al ángelus.

DANIEL: Pues yo no lo puedo evitar, Luis. Cada vez que me cruzo con una mujer interesante, se me derrumban las defensas y caigo rendido.

LUIS: Marimé es una mujer especial.

DANIEL: Lo sé.

LUIS: Puedes perderla.

DANIEL: Al contrario. Estoy salvando la relación.

LUIS: ¿Cómo carajo?

DANIEL: Porque llego más feliz a ella cuando he estado con otra.

LUIS: ¿Tú de veras crees eso?

DANIEL: Es cierto, te lo juro. Le doy lo mejor de mí cuando me he sacado del sistema la angustia y las tensiones.

LUIS: Esa es una excusa barata.

DANIEL: Yo soy Daniel el incomprendido.

Con dos pasos de baile se aleja. Luis lo contempla impotente.

LUIS: Entonces, el rompimiento fue debido a la infidelidad.

MARIMÉ: No, o mejor dicho, sí, pero no por lo que estás pensando.

LUIS: ¿No te molestaba que estuviera con otras?

MARIMÉ: Claro que me molestaba. Pero para cuando lo descubrí, ya era muy tarde para los celos. Lo quería tanto que lo hubiese perdonado.

LUIS: Quizás de eso se trata el amor.

MARIMÉ: Pero todo tiene su límite. (*A Daniel.*) El perfume de ella es muy duradero.

DANIEL: ¿Qué?

MARIMÉ: Debe ser perfume, perfume y no agua de colonia. Y además, francés, sí, es una esencia parisina.

DANIEL: No sé de qué me estás hablando.

MARIMÉ: Costoso, sin duda. De algo te ha servido estar conmigo. Has refinado tus gustos.

DANIEL: Marimé, yo no...

MARIMÉ: No te atrevas a negarlo.

DANIEL: ... *(Un compás de silencio.)*

MARIMÉ: Cuando decidimos vivir juntos, hicimos un pacto de sinceridad total. Recuerdo tus palabras: es peor ser embustero que ser infiel.

DANIEL: Es cierto, aunque la frase no es mía. Es de Luis.

MARIMÉ: Entonces ponte los pantalones largos y acepta que fallaste.

DANIEL: No quise...

MARIMÉ: ¡Acéptalo y no me des explicaciones!

DANIEL: Sin explicaciones, nada es, salvo apariencias.

MARIMÉ: ¿Fuiste o no fuiste infiel?

DANIEL: *(Busca refugio en un suspiro.)* Chica...

MARIMÉ: ¿Lo fuiste: sí o no?

DANIEL: *(Mirada acorralada. Pausa larga.)* Sí.

MARIMÉ: *(A Luis.)* Juró y perjuró que nunca más se repetiría, que había sido algo totalmente intrascendente porque no había amor.

LUIS: Soy testigo de que te quería.

MARIMÉ: Es que eso no es consuelo, Luis. No puedes querer y al mismo tiempo, hacerle daño a la persona que amas.

LUIS: Él sufría por ti.

MARIMÉ: Claro.

LUIS: Se atormentaba cuando no podía serte leal.

Daniel se acerca a Luis. Marimé lo mira con rabia.

DANIEL: Soy un soberano hijo de puta.

LUIS: No te confieses, que tengo al monje de vacaciones.

DANIEL: Volví a hacerlo.

LUIS: Por supuesto.

DANIEL: Era una simple muchachita entusiasmada con mis fotos.

LUIS: Así comienzan todas.

DANIEL: Pero ésta era inocente, demasiado, tal vez.

LUIS: Y no pudiste evitar la tentación.

DANIEL: Tú hubieses hecho lo mismo.

LUIS: No lo creo.

DANIEL: Es que no la has visto: pequeña y frágil como el recuerdo, los ojos grises y labios con forma de pecado original. Pero lo peor era la risa: se reía de tal manera que me daban unas ganas irresistibles de vivir.

LUIS: Y pensaste que no debías privarte de una posibilidad así.

DANIEL: Fíjate, lo consideré. Pensé que me iba a arrepentir, que la culpa me pesaría como un dinosaurio.

LUIS: ¿Y?

DANIEL: Llegué a una conclusión inapelable: soy fuerte para cargar las culpas y débil para resistir una tentación.

LUIS: Vete al carajo.

DANIEL: Te juro que cuando me vi en sus ojos grises, me soñé inmortal.

LUIS: Durante unos escasos segundos...

DANIEL: Lo que dura la vida. Y luego, la bofetada de la compasión: era virgen, y el asco, porque soy un cerdo.

LUIS: *(A Marimé, que casi empuja a Daniel.)* Sufría.

MARIMÉ: ¿Y de que me sirve a mí su sufrimiento? Si a él mismo no le sirvió para cambiar, a mí ni siquiera me da pena.

LUIS: No sabías que eras tan dura.

MARIMÉ: Hay muchas cosas que tú no sabes.

LUIS: Sé que Daniel era un buen ser humano.

MARIMÉ: Y un monstruo egoísta y desconsiderado.

LUIS: Conmigo siempre fue un abrazo solidario.

MARIMÉ: Con los amigos; conmigo, no.

LUIS: Yo les creía felices.

MARIMÉ: Lo fuimos, por momentos, a borbotones. Sobre todo cuando quedé encinta. Parecía el Daniel del principio. Y yo me ilusioné con el embarazo. (*A Daniel.*) Esto es un renacer, Daniel. Otra oportunidad que la vida nos da.

DANIEL: (*Le besa la barriga.*) Es cierto, mi amor. Volvió la primavera. Y tendremos que desvelar las estrellas para alumbrarle el camino a nuestro hijo. Será una maravilla acompañarlo a crecer. (*Intenta pararse y le flaquean las piernas.*)

MARIMÉ: ¿Qué te pasa?

DANIEL: De pronto las piernas se me volvieron de espagueti.

MARIMÉ: (*Lo ayuda a sentarse.*) ¿Te mareaste?

DANIEL: Ya pasó.

MARIMÉ: Debes ir a...

DANIEL: Olvida y canta.

MARIMÉ: A veces el cuerpo nos envía señales.

DANIEL: No te preocupes que yo soy: (*Canta.*) indestructible.

MARIMÉ: No estaría demás un buen chequeo.

DANIEL: Me siento campana.

MARIMÉ: Tienes que estar bien para cuidar a tu hijo.

DANIEL: Olvídate, que yo vengo virao, tocando el tumbao.

Se escucha Sonido bestial de Richie Ray. Daniel fuerza a Marimé a bailar.

MARIMÉ: Cójelo suave.

DANIEL: Mira el ritmo que tengo, mamita. El del sonido bestial soy yo.

En uno de los giros, Marimé se desprende de Daniel. Daniel mantiene el paso, pero poco a poco comienza a decaer hasta tener que recostarse, agotado.

MARIMÉ: Por un tiempo, me olvidé de su debilidad, pero pronto fue evidente que algo terrible le pasaba a su organismo.

LUIS: Entonces lo dejaste por la enfermedad.

MARIMÉ: No te apresures, Luis.

LUIS: No pudiste vivir al lado de un enfermo y alzaste vuelo.

MARIMÉ: Todavía falta lo peor.

LUIS: Me has hecho darle la vuelta al universo para decirme lo que ya sabía.

MARIMÉ: ¿De veras lo sabías?

LUIS: Lo dejaste porque se te convirtió en un estorbo. Daniel sano podía tener defectos, pero los compensaba con su alegría contagiosa y su vitalidad. Enfermo, no, ahí se magnificaban los defectos hasta hacerlo insoportable.

MARIMÉ: Buena tema para una canción de salsa.

LUIS: Acéptalo, coño, fue por la maldita enfermedad.

MARIMÉ: ...Fue por la maldita enfermedad.

Luis se retira a un lateral mientras una luz aísla a Daniel, quien lee los resultados de unos exámenes médicos. Unas palabras inaudibles lo estremecen. Su cabeza se abate. Luego de unos segundos eternos, se levanta y camina hasta Marimé.

DANIEL: Siéntate, que tengo algo que decirte.

MARIMÉ: No me asustes.

DANIEL: Acabo de ver al médico.

MARIMÉ: Por fin fuiste. ¿Qué te dijo?... ¿Es algo grave?

DANIEL: Muy grave... Tengo una enfermedad que debilita mi sistema inmunológico.

MARIMÉ: Pero...

DANIEL: Escucha. En una enfermedad poco conocida. Por eso hubo que enviar las pruebas a Estados Unidos.

MARIMÉ: Te dieron tratamiento, ¿no?

DANIEL: Sí, sí, estoy en tratamiento. Pero... no hay mucho que se pueda hacer.

MARIMÉ: No digas eso.

DANIEL: Descubrieron esta enfermedad no hace mucho y los medicamentos no pueden detenerla. Sólo amortiguan los síntomas.

MARIMÉ: *(Lo abraza.)* ¡Daniel!

DANIEL: *(La separa con dulzura.)* Tienes que ser fuerte, Marimé. Esta enfermedad es progresiva y deja al organismo desvalido hasta que otras enfermedades lo atacan y uno no puede defenderse.

MARIMÉ: Pero tiene que haber algo que podamos hacer.

DANIEL: ...Veremos a ver.

MARIMÉ: ¿Y de dónde salió esa enfermedad?

DANIEL: *(Le rehuye la mirada.)* No sé.

MARIMÉ: ...Todavía te queda algo por decir, ¿verdad?

DANIEL: ...Sí. Tienes que ir a hacerte las pruebas.

MARIMÉ: ¿Yo?

DANIEL: Puedes estar contagiada.

MARIMÉ: ¿Pero cómo es posible?

DANIEL: Y si lo estás, se la puedes transmitir al bebé.

MARIMÉ: *(Un suspiro hondo desata las lágrimas.)* Ay, dios santo.

DANIEL: Lo siento mucho. Perdóname.

MARIMÉ: Tú no tienes la culpa.

DANIEL: ... *(Silencio esquivo.)*

MARIMÉ: No te sientas mal, cualquiera se puede enfermar y... *(Su mirada se torna filosa.)* ¿Cómo se trasmite esa enfermedad, Daniel?

DANIEL: Pues...

MARIMÉ: *(La voz es un aguacero de dudas.)* ¿Cómo te contagiaste tú?... *(El la mira derrotado.)* Eres un desgraciado, canalla... *(Comienza a golpearlo. El no se mueve.)* ¿No pensaste en mí, en tu hijo, animal, desalmado, cobarde, maricón...

El llanto la ahoga mientras continúa golpeando a Daniel. Luis se interpone y la abraza. Daniel permanece hierático mientras se le escapan lágrimas silenciosas. Se escucha la canción Lloré de José Febles, cantada por Héctor Lavoe.

LUIS: Cálmate, Marimé.

MARIMÉ: Ese era tu amigo, el tremendo ser humano que idolatras. *(Rechaza el abrazo fraterno de Luis.)*

LUIS: ¡Sida! Nunca me imaginé.

MARIMÉ: Uno de los primeros casos en el país.

LUIS: ¿Pero y el cáncer?

MARIMÉ: Se aprovechó de la debilidad del sistema inmunológico. Es lo que se llama una enfermedad oportunista.

LUIS: Daniel pudo haberme dicho.

MARIMÉ: Pero no lo hizo, y yo cargué con la culpa.

LUIS: ¿Tú no te...?

MARIMÉ: Hasta ahora he dado negativo a las pruebas.

LUIS: ¿Y Gabriela?

MARIMÉ: Parece estar limpia, pero hay que esperar varios años para estar seguros.

LUIS: Todo esto me parece increíble y monstruoso.

MARIMÉ: En la vida no hay respuestas fáciles.

LUIS: ¿Y tu nuevo compañero?

MARIMÉ: Sabe todo. Se lo conté desde que se atrevió a sonreírme.

LUIS: ¿Y aún así?

MARIMÉ: ¿No te dije que era un hombre bueno?

LUIS: Por lo menos...

MARIMÉ: Otra cosa: no te voy a dar las fotos de Daniel.

LUIS: Marimé, él me pidió...

MARIMÉ: Son para Gabriela. Ella merece el recuerdo de su padre.

LUIS: ¿Y le dirás?

MARIMÉ: Le diré... le diré que su padre fue un ser especial que murió muy joven... de cáncer.

LUIS: *(La abraza.)* ¡Marimé!

Un flash los inmoviliza. Daniel se yergue detrás de ellos.

DANIEL: *(Canta Dime de Rubén Blades.)* Dime como se arranca del alma esta pena de amor, esta pena de amor, esta pena de amor...

LUIS: *(Mientras se separa de ella.)* Esta es otra historia.

MARIMÉ: Somos muchas historias.

LUIS: Y no siempre se pueden reconciliar.

MARIMÉ: Así es la vida. *(Camina hacia el fondo hasta que su imagen se desvanece.)*

LUIS: ¿Así es la vida?

Un flash más prolongado y violáceo muestra a Daniel escurriéndose en los pensamientos de Luis.

DANIEL: De pronto crees descubrir que estás al otro lado.

LUIS: Hay tantas cosas que no alcanzo a comprender.

DANIEL: Lo que era claro, ahora es nebuloso y la noche es día, sin aviso ni testigos. Pero no te olvides de algo: ella me abandonó.

LUIS: ¿Qué otra cosa podías esperar después de lo sucedido?

DANIEL: Podía esperar solidaridad, comprensión, apoyo...

LUIS: ¿Tú estás loco?

DANIEL: Es lo que se puede esperar de una persona que te ama.

LUIS: Hiciste una barbaridad, le jodiste la vida.

DANIEL: Me enfermé, caí y no quiso levantarme.

LUIS: Tú hubieses hecho lo mismo.

DANIEL: Te equivocas.

LUIS: Claro, ahora resulta fácil decirlo.

DANIEL: No sabes lo que es amar.

LUIS: Quizás. Pero sé lo que es la traición.

DANIEL: ¿Cuál? ¿La mía, la de ella o tu propia desilusión?

LUIS: Ella no te traicionó.

DANIEL: ¿Estás seguro? Nunca supe quién me contagió.

LUIS: No pudo ser Marimé. Ella ha dado negativo a las pruebas.

DANIEL: Hay personas que son portadoras, sin que desarrollen la enfermedad.

LUIS: Lo que insinúas es una canallada.

DANIEL: La vida está llena de canallas. ¿Cuándo comenzó a salir con el abogado?

LUIS: No sé.

DANIEL: Averigua. A lo mejor te llevas una sorpresa.

LUIS: No quiero más sorpresas.

DANIEL: ¿Crees que un hombre saldría con una mujer que puede estar contagiada con sida?

LUIS: Bueno, no sé, tal vez...

DANIEL: ¿Lo harías tú?

LUIS: ...Probablemente no.

DANIEL: Seguramente no. ¿Dónde queda escondida la traición?

LUIS: No sé, no quiero pensar. La verdad existe. Una piedra es una piedra.

DANIEL: Y los números primos son todos nones.

LUIS: Menos el dos.

DANIEL: Y se puede predecir su comportamiento.

Se va alejando como una imagen fotográfica que pierde su color poco a poco. Rachmaninov lo acompaña con su Concierto para piano número 2. Luis trata de no oír sus pensamientos, mientras le florece la angustia como un hongo venenoso.

LUIS: A veces. El número dos no debería ser primo. Cada determinado intervalo debería haber un número primo, pero no siempre está, casi nunca está. *(La luz comienza a cerrarse sobre él.)* Las cosas son como son, no como quisimos que fueran, ¿no? Pero a menudo no hay nada seguro y uno es una pregunta ambulante. ¿De qué me sirve todo esto si no tengo certeza de nada? Daniel se me perdió en la salsa gorda y espesa de la duda, y con él se llevó a Marimé y uno no sabe si empieza o acaba. La muerte, el amor, la traición... etiquetas desvaídas, cascarones vacíos, rótulos que apuntan a muchas direcciones y a ninguna, la vida que se nos deshace en las manos y nos deja en el medio de todo y de la nada, tratando de reír para no llorar. Y al final uno queda fragmentado, como un número primo que se divide por sí mismo hasta la eternidad porque no puede escapar a la trampa de la existencia. O quizás no, quizás sólo seamos los personajes de una canción de salsa gorda que un loco canta sin saber lo que dice y sin darse cuenta que su voz no existe porque está atrapada en un disco que se repite y se repite y se repite...

El escenario se va esfumando con las últimas palabras de Luis. En sentido inverso sube la música de Maestra vida de Rubén Blades. Para no llorar, el telón baja festivo.

José Luis Ramos Escobar. Correo electrónico: jlramosescobar@prtc.net

JOSE LUIS RAMOS ESCOBAR

Escritor y director puertorriqueño. Tiene siete libros publicados. Ha estrenado las siguientes obras: *Mascarada* (1988), *Indocumentados* (1989), *Cofresí o un bululú caribeño* (1990), *Valor y sacrificio* (1992), *El olor del popcorn* (1993), *Mano dura* (1994), *Bohemia 18, altos* (1996), *El salvador del puerto, Tres hermanas*, adaptación (1997), *Mala nota* (1998), *El retablo de Maese Sancho* (1999), *¡Puertorriqueños?* (1999) *¿Por qué soy diferente?* (2000), *La nueva historia del soldadito de plomo* (2001) y *Salsa gorda* (2001).

Premios: *Mascarada*, Primer premio del Ateneo (1985), *El olor del popcorn*, Mejor obra puertorriqueña (1993), *Mano Dura*, Mención de Honor Letras de Oro (1994), *Gení y el Zeppelin*, Primer Premio Iberoamericano de Dramaturgia, Universidad Santa María de la Rábida, España (1993), *El salvador del puerto*, Primer Premio Extremadura a la creación (1995) y *¡Puertorriqueños?*, Premio a la Dramaturgia Nacional (1999).

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Noviembre de 2001

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar